

añadió el tercer bajel á la flota. Así la octava parte de los gastos de esta grande expedición, emprendida por una grande potencia, pesaba sobre el individuo que la habia concebido, y que arriesgaba tambien la vida en su buen éxito.

Las capitulaciones se firmaron por Fernando é Isabel en la ciudad de Santa Fé, en la vega de Granada, el 17 de abril de 1492. Se extendió ademas con el mismo objeto una carta privilegio para Colon que espidieron los reyes en la ciudad de Granada el 30 del mismo mes. Por ella se hacian hereditarias en su familia las dignidades y prerogativas de virrey y gobernador; se le autorizaba á él y á sus herederos á fijar el título de D. en sus nombres: distincion concedida en aquel tiempo solo á las personas principales, aunque ya ha perdido su valor, por usarse universalmente en España.

Todos los documentos reales espeditos en esta ocasion llevan la firma de Fernando y de Isabel, aunque la separada corona de la reina hiciese esclusivamente los gastos; y durante la vida de esta á pocos que no fuesen castellanos se les permitió establecerse en los nuevos territorios.

Se señaló el puerto de Palos de Moguer en Andalucía como punto para equipar en él los bajeles. Los vecinos de esta villa habian sido anteriormente condenados, en consecuencia de alguna falta de conducta, á servir á la corona por un año con dos carabelas armadas. El 30 de abril se firmó una real orden mandando á las autoridades de Palos tener dos carabelas prontas á salir á alta mar á los diez dias de recibir la orden, y ponerlas con sus tripulaciones á disposicion de Colon. Este se hallaba tambien autorizado para procurarse y armar otro bajel. Las tripulaciones de las tres debian recibir el sueldo ordinario de la marina de guerra, y cuatro meses de paga adelantados. Tomarian el rumbo que Colon, bajo la autoridad real les mandase, obedeciéndole en todo, con la sola escepcion, de que ni él ni ellos habian de arribar á San Jorge de la Mina, en la costa de Guinea, ni á ninguna de las recién descubiertas posesiones de Portugal. Una certificacion de buena conducta, firmada por Colon, les serviria de descargo de su obligacion para con la corona.

Tambien se espidieron órdenes por los monarcas á las autoridades públicas y personas de todos rangos y condiciones de los establecimientos marítimos de Andalucía, mandándoles suministrar provisiones y asistencias de todas clases, á precios equitativos, para el armamento de los bajeles: y se señalaron penas á los que causaran algun impedimento. No se habian de imponer derechos á ninguno de los artículos suministrados á los buques; y todos los procesos criminales contra las personas ó propiedades de los individuos de la expedición debian suspenderse durante su ausencia, y por dos meses despues de su vuelta.

Uno de aquellos favores que se graban en el alma, característico de la benignidad y alteza de sentimientos que poseia Isabel, le fue concedido á Colon antes de su partida de la córte. Espidió la reina el 8 de mayo una carta patente, nombrando á su hijo Diego, paje del príncipe D. Juan, presunto heredero del trono, con una pension para su sustento; honor concedido tan solo á los hijos de los mas distinguidos personajes.

Satisfechos por fin sus mas caros deseos, y despues de hartas dilaciones y desengaños bastantes para haber reducido á la desesperacion á un hombre vulgar, se despidió Colon de la córte en 12 de mayo, saliendo gozoso para Palos. Los que sienten desfallecer su ánimo y desvanecerse su voluntad, cuando graves dificultades se oponen á la prosecucion de un objeto grande y digno, acuérdense de que se pasaron diez y ocho largos años desde que Colon concibió su proyecto, hasta el dia en que se vió habilitado para lle-

varlo á cabo; que la mayor parte de este tiempo lo pasó en desesperadas pretensiones, sumido en la mayor miseria, sin mas patrimonio que el ridiculo, sin recibir mas remuneracion por los hermosos dias de su juventud que sacrificaba en aras de la ciencia, que el desprecio é injuriosos epitetos. Cincuenta y seis años eran los de su edad cuando ciñeron sus sienas la corona del triunfo. ¡Alto ejemplo de constancia y magnanimidad digno de ser venerado, ya que no sea tan fácil su imitacion!

CAPITULO IX.

PREPARATIVOS PARA LA ESPEDICION EN EL PUERTO DE PALOS.

Colon se presentó otra vez á las puertas del convento de la Rábida, pero en triunfo y lleno de confianza. Le recibió el digno guardian con los brazos abiertos, y le tuvo de huésped mientras duró su residencia en Palos. El carácter y situacion de fray Juan Perez le daban en la vecindad grande importancia, de la que se valió hasta el último grado en favor de la deseada empresa. Colon se presentó el 23 de mayo en la iglesia de San Jorge de los Palos, acompañado de este celoso amigo. Allí se leyó solemnemente por el escribano público en presencia de los alcaldes, regidores y muchos habitantes, la real orden que mandaba poner á su disposicion dos carabelas, y se prometió plena obediencia á ella.

Cuando llegó, empezó á divulgarse la naturaleza de la propuesta expedición, lo cual causó viva sorpresa en la villa, en los primeros momentos y un gran pánico cuando se reflexionó algo mas sobre lo grandioso y arriesgado de la empresa. Los habitantes consideraban los bajeles y tripulaciones que se les pedian, como victimas que iban á inmolarse á la destruccion. Los propietarios de los buques rehusaron prestarlos para tan desesperado servicio, y los mas audaces marinos temblaban ante la perspectiva de aquel quimérico crucero por los desiertos del Océano. Todas las espantosas fábulas con que puebla la ignorancia las regiones oscuras y misteriosas, se levantaron y apropiaron á aquellas desconocidas aguas, y circulaban entre los noticieros de Palos para acobardar á cualquiera que quisiese tomar parte en la expedición.

Nada puede dar mayor evidencia de la osadía de esta empresa, que el estremo pavor con que la miraba una comunidad marítima que encerraba en sí algunos de los mas audaces navegantes de aquel siglo. A pesar del tenor perentorio de la real orden y de la promesa de cumplir con ella que habian dado los magistrados, se pasaron muchas semanas sin que nada se hubiese hecho para verificarlo. El digno guardian de la Rábida favorecia á Colon con todo su influjo y con toda su elocuencia, pero en vano, no se podia procurar bajel alguno.

En vista de lo cual espidieron los soberanos órdenes mas terminantes en data de 20 de junio, mandando que los magistrados de la costa de Andalucía tomasen para este servicio cualesquiera buques que creyesen oportuno, pertenecientes á vasallos españoles, y que obligasen á los patronos y tripulaciones á darse á la vela bajo el mando de Colon y con el rumbo que sus altezas le designasen. Juan de Peñalosa, oficial de la casa real, salió á hacer obedecer esta orden con doscientos maravedises diarios todo el tiempo que estuviese ocupado en ello, cuya suma debia exigirse de los desobedientes y delincuentes, ademas de otras penas espresadas en el mismo mandato.

Con arreglo á esta carta obró Colon en Palos, y en la inmediata ciudad de Moguer, mas sin resultado alguno. Reinaba la confusion en estos pueblos; se llenaron de altercados y disturbios; pero sin efectuarse cosa ninguna de consecuencia.

Al fin, Martin Alonso Pinzon, rico y atrevido na-

vagante, de quien ya se ha hecho particular mencion, tomó personal y decidido interes en la expedición. Se ignora qué convenio formaria con Colon, en cuanto á su recompensa. En el testimonio dado muchos años despues en el pleito entre D. Diego, el hijo de Colon, y la corona, se afirmó por muchos testigos, que Pinzon y él debian partir las ganancias; pero están las declaraciones de este pleito tan llenas de contradictorias y palpables falsedades, que es difícil descubrir la proporcion de verdad que pudieron haber contenido. Como de la expedición no resultaron ganancias inmediatas, no hubo despues reclamaciones. Lo cierto es que la asistencia de Pinzon fue oportuna y eficazísima; y muchos testigos aseguran, que sin ella hubiera sido imposible armar la expedición. El y su hermano Vicente Yañez Pinzon, tambien hábil y distinguido navegante por su valor y arrojo, tenian bajeles y marineros á su disposicion. Estaban ademas relacionados con muchos de los marineros de Palos y de Moguer, y su influencia era omnimoda en todos los puertos de aquellas cercanias. Se supone que suministraron á Colon fondos para satisfacer la octava parte del coste que estaba comprometido á adelantar. Tambien le dieron, á lo menos, uno de los buques, y resolvieron ademas tomar ellos mismos empleo y parte en la expedición. Su ejemplo tuvo muchos imitadores, é indujo á diferentes parientes y amigos á embarcarse; así que gracias á sus esfuerzos, un mes despues de haberse empeñado en la empresa, ya estaban los bajeles prontos para darse á la vela.

Despues de las grandes dificultades puestas por varias córtés al armamento de esta expedición, sorprende ver cuán pequeños é insignificantes eran los medios que se pedian. Es evidente que redujo Colon sus demandas á los mas estrechos limites, temeroso que los muchos gastos le fuesen un impedimento. Tres bajeles pequeños al parecer, era todo lo que habia pedido. Dos de ellos ligeras barcas, llamadas carabelas, no superiores á los buques de rio y costas de nuestro tiempo. Existen aun estampas y pinturas antiguas que nos representan esta clase de bajeles. Están abiertos y carecen de cubierta, altos de proa y popa, con castillos y cámaras para el uso de la tripulacion. Pedro Mártir, el docto contemporáneo de Colon, dice que solo uno de los tres buques tenia cubierta. La pequenez de los cascos, la consideraba Colon como una ventaja para los viajes de descubrimientos, porque podia con ellos acercarse á las playas, y entrar por rios y puertos someros. En su tercer viaje, al costear el golfo de Paria, se quejaba del tamaño de sus barcos, que tenian casi cien toneladas. Pero que se emprendiesen tan largas y peligrosas navegaciones por ignotos mares en bajeles descubiertos, y que sobrevivieran á las violentas tempestades en que habian de verse con frecuencia envueltos, es una de las mas extraordinarias circunstancias de estos atrevidos viajes.

Mientras se armaban los bajeles, siguieron presentándose nuevas y continuas dificultades. Uno á lo menos de los tres buques, llamado la Pinta, con su patron y gente, habia sido forzado por los magistrados á tomar parte en la expedición, segun la arbitraria orden de los reyes, hecho que puede presentarse como ejemplo de la extension de la autoridad real en aquellos tiempos, cuando se obligaba así al comercio, á entrar con vidas y haciendas á personas respetables, en lo que les parecia á ellos una loca y desesperada empresa. Los propietarios de este bajel, Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, mostraron la mayor repugnancia al viaje; y tomaron parte activa en las diferentes querellas que ocurrieron. Se habian tambien cogido de leva varios marineros de los otros barcos: estos hombres y sus amigos pusieron toda clase de obstáculos para retardar ó impedir el viaje. Los

calafates trabajaban descuidada é imperfectamente; y se ocultaban si se les obligaba á empezar de nuevo; algunos marineros que se habian alistado como voluntarios, se arrepintieron de su propia osadía, ó se dejaron persuadir de sus amigos, y se acogian al menor pretexto para retractarse; otros se desertaban y escondian. Todo tenia que ejecutarse por medio de las mas ásperas y arbitrarias medidas, y contra el torrente de la oposicion y preocupaciones populares.

Al fin, á principios de agosto quedaron allanadas todas las dificultades, y los buques prontos para darse á la vela. El mayor, expresamente preparado para el viaje y con cubierta, se llamaba la Sta. Maria: en él levantó su pabellon Colon. El segundo, llamado la Pinta, lo mandaba Martin Alonso Pinzon, á quien acompañaba en clase de piloto su hermano Francisco Martin. El tercero, dicho la Niña, tenia velas latinas y lo mandaba el tercer hermano Vicente Yañez Pinzon. Habia otros tres pilotos: Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño, y Bartolomé Roldan. Rodrigo Sanchez de Segovia era inspector general de la armada; y Diego de Arana, natural de Córdoba, su alguacil mayor. Rodrigo de Escobar iba de escribano real, funcionario que debe en las escuadras de la corona tomar nota auténtica de todas las transacciones. Tambien iba un médico y un cirujano, con varios aventureros particulares, y algunos criados y noventa marineros; total, ciento y veinte personas.

Antes de emprender el viaje, sacó Colon del convento de la Rábida á su hijo Diego, y lo puso bajo el cuidado de Juan Rodriguez Cabezudo, vecino de Moguer, y de Martin Sanchez, eclesiástico de la misma villa, probablemente para que adquiriese algun conocimiento del mundo antes de enviarlo á la córte.

Estando la escuadra pronta para darse á la vela, Colon poseido de la solemnidad de su empresa, se confesó con fray Juan Perez, recibió la sagrada Comunión. Sus oficiales y tripulaciones siguieron su ejemplo, y entraron en la empresa llenos de santo temor, y con las mas devotas é imponentes ceremonias, encomendándose á la guia y especial amparo de los cielos. Una profunda tristeza se difundió por Palos á su partida; porque todos tenian algun pariente ó amigo en la flota. Los ánimos de los marineros, comprimidos ya por el miedo, se angustiaron mas aun por la afliccion de los que quedaban en las playas, despidiéndose de ellos con lágrimas y lamentaciones y oscuros presentimientos de que jamas volverian á ver aquellos rostros.

LIBRO III.

CAPITULO PRIMERO.

PARTIDA DE COLON PARA SU PRIMER VIAJE.

(1492.)

El viernes 3 de agosto de 1492, por la mañana temprano se dió Colon á la vela dando principio á su primer viaje de descubrimientos. Salió de la barra de Saltes, pequeña isla formada por los brazos del rio Odiel, enfrente de la ciudad de Huelva, poniendo la proa al Sudoeste, en la direccion de las islas Canarias, desde donde pensaba navegar via recta al Occidente. Principió un diario regular de este viaje para la inspeccion de los soberanos, con un pomposo prólogo, en que, como sigue, expresaba los motivos y razones que le indugeron á entrar en aquella expedición.

«In nomine D. N. Jesu-Cristi. — Porque, cristianísimos, y muy altos, y muy excelentes, y muy poderosos príncipes rey y reina de las Españas y de las islas de la mar, nuestros señores, este presente año de 1492, despues de VV. AA. haber dado

fin á la guerra de los moros que reinaban en Europa, y acabada la guerra en la muy grande ciudad de Granada, adonde este presente año á dos dias del mes de enero por fuerza de armas ví de poner las banderas reales de vuestras altezas en las torres de Alfabra, que es la fortaleza de la dicha ciudad, y víde salir el rey moro á las puertas de la ciudad, y besar las reales manos de VV. AA. y del príncipe mi señor, y luego en aquel presente mes por la información que yo habia dado á vuestras altezas de las tierras de Indias, y de un príncipe que es llamado gran Khan, que quiere decir en nuestro romance rey de los reyes, como muchas veces él y sus antecesores habian enviado á Roma á pedir doctores en nuestra santa fé, porque le enseñasen en ella, y que nunca el santo padre le habia proveido, y se perdian tantos pueblos creyendo en idolatrías, né recibiendo en sí sectas de perdicion, VV. AA., como católicos cristianos y príncipes amadores de la santa fé cristiana, y acrecentadores de ella, y enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías, y heregias, pensaron de enviarme á mí, Cristóbal Colon, á las dichas partidas de India, para ver los dichos príncipes y los pueblos y tierras, y la disposición de ellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversion de ellas á nuestra santa fé; y ordenaron que yo no fuesen por tierra al Oriente, por donde se costumbra de andar, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos por cierta fé que haya pasado nadie. Así que, despues de haber echado fuera todos los judíos de todos vuestros reinos y señoríos, en el mismo mes de enero mandaron vuestras altezas á mí que con armada suficiente me fuese á las dichas partidas de India; y para ello me hicieron grandes mercedes, y me enoblecieron que dende en adelante yo me llamase Don, y fuese almirante mayor de la mar oceana, é visorey y gobernador perpétuo de todas las islas y tierra firme que yo descubriese y ganase, y de aquí adelante se descubriesen y ganasen en la mar oceana, y así sucediese mi hijo mayor, y así de grado en grado para siempre jamas, y partí yo de la ciudad de Granada á doce dias del mes de mayo del mesmo año de 1492 en sábado, vine á la villa de Palos, que es puerto de mar, adonde armé yo tres navios muy aptos para semejante fecho; y partí del dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos, y de mucha gente de la mar, á tres dias del mes de agosto del dicho año en un viernes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas de Canaria de VV. AA., que son en la dicha mar oceana, para de allí tomar mi derrota, y navegar tanto que yo llegase á las Indias, y dar la embajada de VV. AA. á aquellos príncipes, y cumplir lo que así me habian mandado; y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente de dia en dia, todo lo que yo hiciese y viesse y pasase, como mas adelante se verá. Tambien, señores príncipes, allende describir cada noche lo que el dia pasare, y el dia lo que la noche navegare, tengo propósito de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar y tierras del mar oceano en sus propios lugares debajo su viento; y mas componer un libro, y poner todo por él semejante por pintura, por latitud del equinocial, y longitud del Occidente, y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño, y tiente mucho el navegar, porque así cumple, los cuales serán gran trabajo.

Así están formal y expresamente esplicados por Colon los objetos de este extraordinario viaje. Los hechos materiales que quedan de su diario, se hallarán incorporados en la presente obra. Como guia para su navegacion, habia dispuesto un mapa ó carta por el que le mandó Pablo Toscanelli, aunque

con algunas mejoras. Ninguno de los dos existe ya; pero el globo ó planisferio concluido por Martin Behem el mismo año del primer viaje del Almirante, se conserva aun, y nos da una idea de lo que seria la carta de Colon. Se representan en él las costas de Europa y de Africa, desde el sur de Irlanda al fin de Guinea; y opuestas á ellas, al otro lado del Atlántico, las extremidades del Asia, ó como se decia entonces de la India. Entre ellas está colocada la isla de Cipango (el Japon), que segun Marco Polo distaba mil y quinientas millas de la costa asiática. Colon avanzaba esta isla en sus cómputos unas mil leguas demasiado hácia el Oriente; suponia que estuviere en la situacion de la Florida, y que fuese la primera tierra que descubriría. El gozo de Colon, al verse, despues de tantos años de burladas esperanzas, ya entregado á su grande empresa, lo acibaraba el temor que le inspiraban las tripulaciones, respecto á su valor y perseverancia. Mientras permaneciesen cerca de Europa, era de temer que en un instante de arrepentimiento y alarma, rehusasen unánimemente proseguir el viaje, y se empeñasen en volver á España. Varios síntomas aparecieron desde luego, que justificaban sus temores. Al tercer dia hizo la Pinta señal pidiendo socorro; el timon se le habia roto y desenchajado. Sospechó Colon que este accidente fuese una estratagemata de los propietarios de la carabela, Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, para inutilizar el bajel y hacerle quedar atras. Ya se ha dicho que se les habia forzado á entrar en la expedicion, empujando su carabela en virtud de una real orden.

Colon sintió esta ocurrencia, que le anunciaba mayores obstáculos para en adelante de parte de una chusma, cuyos individuos iban muchos contra su voluntad, y todos llenos de dudas y malos agüeros. Los mas triviales accidentes podian en aquel crítico momento del viaje aterrorizarlos y conducirlos á la rebelion, y frustrar enteramente el objeto de su gigantesca empresa.

Soplaba á la sazón un fuerte viento, y no podia socorrer á la Pinta sin arriesgar su propio bajel. Afortunadamente mandaba Martin Alonso Pinzon el averiado buque, y siendo diestro y hábil marinero, logró asegurar el timon con cuerdas, para poder manejarlo. Pero este espediente era inadecuado: los nudos se soltaron de nuevo al otro dia, y los demas barcos tuvieron que acortar vela, hasta que volvieron á asegurarse.

Esta avería de la Pinta, y el hacer ademas mucha agua, determinó al Almirante tocar á las islas Canarias, para ver si podia reemplazarla. Pensaba no hallarse lejos de aquellas islas, aunque los pilotos de la escuadra eran de opinion diferente. El resultado probó su superioridad en hacer las observaciones y los cálculos, pues divisaron las Canarias el dia 6 por la mañana.

Mas de tres semanas se detuvieron en las islas, haciendo inútiles esfuerzos y diligencias para procurar otro bajel. Al fin se vieron obligados á hacerle un timon nuevo á la Pinta, y á repararla lo mejor que se pudo para el viaje. Se alteró tambien la forma de las velas de la Niña, para que le fuese mas fácil la navegacion, y pudiese caminar á la par de los demas buques.

Al pasar por entre las islas vieron el levantado pico de Tenerife arrojar voluminosas llamas y encendido humo. El equipaje observó aterrado aquella erupcion, y pronto siempre á espantarse de cualquier fenómeno extraordinario, convirtió aquel en agüero y de los mas desastrosos. Gran dificultad tuvo Colon en disipar su miedo, explicándoles las causas naturales de los fuegos volcánicos, y apoyó sus doctrinas con citas del Etna y otros volcanes bien conocidos.

Mientras estaban proveyéndose de leña, agua y

provisiones en la isla de la Gomera, un bajel de Ferro le anunció que tres carabelas portuguesas cruzaban de la isla, con la intencion, sin duda de capturar á Colon. Sospechó el Almirante alguna hostil estratagemata de parte del rey de Portugal, en venganza de haber entrado al servicio de España, y no perdió tiempo en darse á la vela, ansioso de salir de aquellas islas, y de las huellas de la navegacion, no fuese que algun inesperado acontecimiento impidiera el viaje, bajo tan fatales auspicios comenzado.

CAPITULO II.

CONTINUACION DEL VIAJE. — VARIACION DE LA AGUJA DE MAREAR.
(1492.)

Se dió Colon á la vela en la madrugada del 6 de setiembre; saliendo de la isla de la Gomera, y entró por vez primera en la region de los descubrimientos, despidiéndose de las islas fronterizas del antiguo mundo, y tomando el rumbo del Occidente por las aguas desconocidas del Atlántico. Tres dias de proiunda calma detuvieron á los bajeles cerca de tierra. Impacientaba sobre manera al Almirante esta dilacion, que retardaba el momento de ver cumplido su mas ardiente deseo, el de internarse del todo en el Océano, fuera de la vista de costas y velas, que en la pura atmósfera de aquellas latitudes pueden descubrirse á inmensas distancias. El domingo siguiente, 9 de setiembre, muy de mañana, vieron á Ferro, última de las islas Canarias, á unas nueve leguas de ellos. Allí era donde se habian divisado las carabelas portuguesas; y por lo tanto se hallaban en la vecindad misma del peligro. Afortunadamente se levantó con el sol una brisa favorable, se llenaron las velas, y en el discurso del dia desaparecieron gradualmente del horizonte las alturas de Ferro.

Cuando se perdió en el horizonte la sombra de esta isla, último limite, hasta entonces de la tierra, desfallecieron los corazones de los marineros. Parecia que literalmente se despedían del mundo. Detras dejaban cuanto es caro al pecho humano: patria, familia, amigos, la vida misma; delante todo era caos, peligros y misterios. En la turbacion de aquel momento terrible, desesperaban muchos de volver jamas á sus hogares. Los mas valientes derramaban lágrimas, y rompian en lamentos y sollozos. El Almirante se esforzó en mitigar su angustia por todos los medios, y en inspirarles sus propias gloriosas anticipaciones. Les describia la magnificencia de los paisajes adonde los llevaba; las islas del mar indio, cargadas de oro y piedras preciosas; la region de Mangui y Cathay con sus ciudades de sin par opulencia y esplendor. Les prometia tierras y riquezas, y cuanto puede despertar la codicia, ó inflamar la imaginacion; ofrecimientos que no eran engañosos en el dictámen de Colon, que creia firmemente verlos realizados todos.

Ordenó á los comandantes de los otros buques que, caso que fuera preciso separarse por algun accidente, continuasen el rumbo occidental directo; y despues de navegar setecientas leguas, se mantuviesen á la capa desde media noche hasta por la mañana, porque á aquella distancia esperaba confiadamente encontrar tierra. En el entre tanto, como le pareció posible no descubrirla á la distancia precisa que habia dicho, y como previó que el terror de los marineros creceria con el aumento del espacio interpuesto entre ellos y su pais, empezó una estratagemata que continuó todo el viaje. Llevaba, ademas del diario náutico, uno histórico en que anotaba el verdadero progreso del barco, y que tenia reservado para su propio gobierno. Del otro, abierto á todos, sustraía diariamente algunas leguas de las que los bajeles habian navegado, para que las tripulaciones

ignorasen la verdadera distancia á que se hallaban de España.

El 11 de setiembre, como á ciento y cincuenta leguas al Occidente de Ferro, encontraron un pedazo de mástil, que se conocia haber estado mucho tiempo en el agua, y pertenecer á un bajel de ciento veinte toneladas. El equipaje, sumamente atento á todo cuanto podia escitar su miedo ó sus esperanzas, miró con lágrimas en los ojos este despojo de algun desgraciado navegante, flotando á la entrada de aquellas mares desconocidas.

El 13 de setiembre por la noche, estando á unas doscientas leguas de la isla de Ferro, observó Colon por la vez primera las variaciones de la aguja de marear, fenómeno desconocido hasta entonces. A media noche percibió, que la aguja, en vez de señalar á la estrella del Norte, se inclinaba como medio punto ó de cinco á seis grados al Nor-Oeste, y mas todavía á la otra mañana. Admirado de esta circunstancia, la observó atentamente por tres dias, viendo que la variacion aumentaba en razon del progreso. Al principio no hizo mérito de este fenómeno, sabiendo cuán pronta estaba su gente á alarmarse; pero al fin le descubrieron los pilotos, y se extendió entre ellos la mayor consternacion. No parecia sino que hasta las leyes de la naturaleza perdian su vigor á medida que se adelantaba en el viaje, y que iban entrando por otro mundo sujeto á desconocidas influencias. Temian que perdiese la aguja del todo su misteriosa virtud; y sin esta guia, se preguntaban mutuamente, ¿qué será de nosotros por medio del vasto y solitario Océano que nos rodea? Colon puso en tortura su ciencia é ingenio para buscar razones con que mitigar aquel terror. Les dijo que no apuntaba la aguja exactamente á la estrella polar, sino á cierto punto fijo é invisible. La variacion no la causaba, por consiguiente, falacia alguna de la brújula, sino el movimiento de la estrella misma, que como los demas cuerpos celestes sufria sus cambios y revoluciones, describiendo cada dia un círculo alrededor del polo. El alto concepto en que los pilotos tenian á Colon, creyéndole profundo astrónomo, dió peso á su teoria y calmó la general alarma. Todavía era desconocido el sistema solar de Copérnico: la explicacion de Colon fue por lo tanto plausible é ingeniosa, y muestra la vivacidad de su ánimo, siempre pronto á vencer los obstáculos del momento. Pudo al principio haber establecido su teoria, solo para aquietar los ánimos; pero despues se vió que se hallaba él mismo satisfecho de ella. El fenómeno nos es en el dia familiar, pero su causa aun está oculta. En él vemos uno de aquellos misterios de la naturaleza, abiertos á observaciones y experimentos diarios, y sencillo en apariencia por su familiaridad; pero que al querer penetrarlo, pronto conoce el entendimiento humano sus límites; pues burla la experiencia de los prácticos, y humilla el orgullo de los doctos.

CAPITULO III.

CONTINUACION DEL VIAJE. — TERROR DE LOS MARINEROS.
(1492.)

El 14 de setiembre regocijaronse altamente los navegantes á vista de los que consideraban mensajeros de tierra. Una garza y un pájaro de los trópicos llamado rabo de junco, ninguno de los cuales se supone que se arriesga muy adentro del mar, se vieron circular alrededor de los buques. La noche siguiente los sobrecogió y llenó de terror la vista de un metéoro, ó como Colon le llama en su diario, de una gran llama de fuego que parecia descender á la mar desde los cielos á unas cinco leguas de distancia. Estos metéoros; comunes en los climas cálidos, y con especialidad bajo los trópicos, se ven siempre en el

sereno cielo de sus latitudes, como cayendo verticalmente; pero nunca debajo de las nubes. En aquellas apacibles noches en que cada estrella brilla con su radiante esplendor, dejan tras sí con frecuencia un surco ó cola luminosa que fulgura durante doce ó catorce segundos, y que puede bien compararse á una llama.

El viento había sido hasta entonces favorable, aunque con nubes y aguaceros de cuando en cuando. Habían adelantado mucho; pero Colon, según su plan secreto, suprima algunas leguas diarias en el cálculo que estaba abierto á las tripulaciones.

Entraron pues bajo la influencia de los vientos generales ó constantes, que siguiendo al sol, soplan sin variación de Oriente á Occidente entre los trópicos, por algunos grados contiguos del Océano. Con este propicio viento en popa resbalaban suave pero rápidamente los buques por una mar tranquila, y no tuvieron que mover una vela en muchos días. Colon habla perpetuamente de la blandura y serenidad del tiempo fresco y dulce sin ser frío, en aquel trecho del Océano. En su cándido y expresivo lenguaje compara su fragancia y pureza con las mañanas del abril en Andalucía, y dice que tan solo faltaban los trinos del ruiseñor para convertir en realidad aquella encantadora ilusión. Tiene razón en hablar así, dice el venerable Las-Casas; porque es maravillosa la suavidad que se siente á mitad del camino de aquellas Indias; y cuanto mas se acercan los bajeles á tierra, mucho mas se goza la temperancia y blandura del aire, la claridad de los cielos, y la amenidad y fragancia que de sí exhalan las arboledas y florestas, mucho mas, ciertamente, que durante los meses de abril y mayo en Andalucía.

Comenzaron á ver por aquel tiempo grandes balsas de yerbas que venían del Occidente flotando en la superficie del agua, y aumentaban cada vez mas en cantidad. Muchas de ellas eran yerbas de las que crecen en las rocas, y otras de las que crían los rios; algunas de un color pajizo marchito, y otras tan verdes, que parecía que acababan de arrancarse de la tierra. En una de estas balsas se cogió un cangrejo vivo, que Colon conservó con sumo cuidado. También vieron un pájaro de los trópicos, blanco, y de los que nunca duermen en la mar. Se aparecieron además por el rededor de los buques muchos atunes, uno de los cuales mató la tripulación de la Niña. Le recordó esto á Colon la descripción que Aristóteles da de ciertos buques de Cádiz, que costeano por fuera del estrecho de Gibraltar, fueron arrojados hácia el Occidente por vientos impetuosos, hasta llegar á una parte del Océano que estaba cubierta de vastos campos de yerbas parecidas á islas hundidas, y entre los que se vieron multitud de atunes. Colon se suponía llegado á esta mar, de donde los antiguos náuticas se volvieron con desmayo, pero que él miraba con reanimada esperanza, como señal cierta de la vecindad de la tierra. No porque creyese llegar tan pronto al objeto de su busca, las extremidades orientales del Asia; pues según sus cómputos no había navegado mas de trescientas y sesenta leguas desde que dejó las islas Canarias, y él suponía la tierra firme mucho mas distante.

Continuaba el mismo tiempo el 18 de setiembre: una suave y sostenida brisa del Oriente henchía todas las velas, mientras que, usando las palabras de Colon, se mantenía la mar tan llana como pasa el Guadalquivir por Sevilla. Imaginaba que el agua de la mar estaba menos salada mientras mas adelantaban; notando este fenómeno como prueba de la pureza y salubridad del aire.

Las tripulaciones se hallaban animadísimas; y todos los bajeles hacían sobrenaturales esfuerzos para adelantarse, y lograr la primera vista de tierra. Alonso Pinzon, saludando al Almirante desde la Pinta, le

dijo, que por el vuelo de muchas aves, y por otras indicaciones del horizonte del Norte, juzgaba que hubiese tierra en aquella dirección. Y como su buque era el mas velero, se adelantó hácia ella.

En efecto, descubriese una neblina hácia el Norte, como las que suelen descansar sobre la tierra, y al ponerse el sol adquirió tales formas y presentó tales bultos y masas, que muchos imaginaron ver islas. Manifestóse un deseo universal de poner las proas hácia ellas; pero Colon estaba persuadido de que no eran mas que ilusiones. Todos los que han viajado por mar, habrán observado las engañosas formas de las nubes del horizonte, especialmente al salir y ponerse el sol; las cuales con facilidad convierte la vista, ayudada por la fantasía y el deseo, en la tierra á que se viaja. Esta particularidad se observa mas especialmente en los trópicos, adonde las nubes presentan al ponerse el sol las apariencias mas singulares y fantásticas.

Sobrevinieron al día siguiente algunas lloviznas, no acompañadas de viento, lo que Colon tuvo por buena señal: dos pelicanos posáronse á bordo de los barcos; aves que dijo él rara vez se desvían veinte leguas de tierra. Sondó por consiguiente con una sonda de doscientas brazas, pero no encontró fondo. Supuso era sumamente fácil pasar entre islas situadas al Norte y al Sur; mas no quiso perder en buscarlas la favorable brisa que lo impelia. Además había afirmado sin titubear, que se hallaría tierra siguiendo sostenidamente al Oeste. Fundábase en aquella presunción todo su proyecto, y arriesgaria, por lo tanto su crédito y autoridad para con la gente del mar, si parecía que vacilaba, y que iba atolondradamente de un punto de la aguja al otro. Por eso resolvió mantener á todo trance y osadamente su rumbo occidental, hasta descubrir la costa de la India, buscando aquellas islas á su vuelta, si así lo juzgase conveniente.

A pesar de sus sagaces precauciones, cundía el desaliento entre los marineros cuando consideraban lo largo del viaje, la inmensa distancia á que se hallaban de las últimas islas, para poder esperar socorro alguno, y veían con espanto los inmensos trechos de Océano que diariamente dejaban tras de sí precipitándose mas y mas hácia adelante por aquel, á la vista ilimitado abismo. Es cierto que los habían lisonjeado varias indicaciones de tierra, y seguían apareciendo otras; pero era cierto también que desvanecíanse todas las esperanzas que su aparición hacía concebir, y continuaba segura desarrollándose delante de ellos la misma interminable extensión de cielos y de mares. Hasta el viento favorable que parecía que la Providencia divina les había enviado para llevarlos al Nuevo-Mundo con tan suaves y dulces brisas, lo convertía el ingenioso miedo en singular causa de alarma; porque empezaron á imaginar que el viento siempre soplaban en aquellas mares del Oriente, en cuyo caso no podrían jamás volver á España.

Esforzábase Colon en ahogar aquellos temores á veces con argumentos y ruegos, á veces despertando nuevas esperanzas, ó señalando nuevos signos de tierra. El 20 de setiembre cambió el viento, soplando con ligeras brisas del Sud-Oeste. Estas, aunque contrarias á su ruta, fueron de buen efecto para las tripulaciones, probando que no era allí perpetuo el viento del Oriente. También visitaron muchos pájaros los buques, tres de los cuales eran de los pequeños que suelen vivir en arboledas; y vinieron cantando por la mañana, marchándose otra vez al anochecer. Su música alegró sobremanera los corazones de los desmayados marineros, que la recibieron como la voz de la tierra. Los pájaros grandes, decían, son fuertes de ala, y pueden arriesgarse mar adentro; pero aquellos eran demasiado débiles para volar lejos, y sus trinos manifestaban que no los había cansado el viaje.

Sobre vino al siguiente día una profunda calma,

interrumpida por ligeros vientos del Sud-Oeste: la mar, en cuanto alcanzaba la vista, estaba cubierta de yerbas; fenómeno frecuentemente observado por aquella parte del Océano, que suele tener la apariencia de una vasta pradera inundada. Se ha atribuido á la inmensa cantidad de plantas submarinas, que crecen en el lecho del mar hasta madurarse, época en que las arranca el movimiento de las ondas y de las corrientes, levantándolas á la superficie. Estos campos de yerbas se miraban al principio con grande satisfacción; pero al fin estaban ya por algunos sitios tan densos y entretegidos, que en cierto modo impedían la navegación de los buques. Los marineros, siempre prontos á concebir las aprensiones mas absurdas, se acordaron entonces de alguna narrativa acerca del Océano helado; adonde se decía que solían quedarse inmóviles los buques. Se esforzaban por consecuencia en eludir cuanto podían aquellas masas flotantes, para que no les sucediera á ellos mismos algun desastre parecido. Otros consideraban aquellas yerbas como una prueba de que la mar iba perdiendo fondo, y hablaban ya de ocultas rocas y bancos, de traidoras barras, del peligro de barar en medio del Océano, adonde podían podrirse sus bajeles y desmoronarse fuera del alcance de humana ayuda, y sin costas en que la gente pudiera tomar refugio. Algunas ideas confusas de la antigua fábula acerca de la sumersión de la isla de Atalante, herían su mente, llenando de temores su corazón, y creían haber llegado á aquella region del Océano, adonde obstruyen la navegación tierras ahogadas, y las ruinas de un continente entero.

Para disipar este vapor usaba el Almirante la sonda con frecuencia; y aunque esta era de las mas largas, no podía alcanzar al fondo. Pero los ánimos del equipage habían enfermado gradualmente. Estaban llenos de terrores vagos, de supersticiones y fantasías; todo lo convertían en causa de alarma, y mortificaban á su jefe con incesantes murmuraciones.

Continuaron soplando ligeros vientos de verano del Sur y del Occidente por espacio de tres días, aunque la mar se mantenía como un espejo. Se vió una ballena levantar desde lejos su desmesurada forma, lo que Colon señaló al punto como favorable indicio, afirmando que aquellos cetáceos se mantenían siempre en las cercanías de la tierra. Pero se amedrentó la tripulación por la calma del tiempo. Decían que los vientos contrarios que experimentaban eran transeuntes y no sostenidos; y tan ligeros que no rizaban la superficie de la mar, siempre en temible calma, como un lago de agua muerta. Todo difería, observaban ellos, en aquellas extrañas regiones del mundo á que estaban acostumbrados. Los solos vientos que prevalecían con fuerza y constancia eran del Oriente, y sin poder para turbar la soñolienta quietud del Océano; había pues el riesgo, ó de perecer rodeados de aguas paradas y sin orillas, ó de no poder por la oposición de los vientos, volver á su país nativo.

Colon continuó con admirable paciencia racionando contra tan absurdas fantasías, diciéndoles que la calma de la mar debía indudablemente provenir de la vecindad de la tierra, en la parte de donde el viento soplaban; y por lo tanto no teniendo suficiente espacio para desarrollar su fuerza, bastaba apenas para obrar sobre la superficie, y para levantar grandes olas. Pero no hay nada que haga al hombre mas sordo á la razón que la influencia del miedo, el cual multiplica y varía las formas del peligro ideal, mil veces mas pronto que la mas activa sabiduría puede disiparlas. Mientras mas argüía Colon, mas ruidosas eran las murmuraciones de la chusma, hasta que el domingo 25 de setiembre se hincharon formidablemente las mares, aunque no hacía viento alguno. Es-

te fenómeno que ocurre en alta mar con frecuencia, y que originan ó bien las últimas ondulaciones de alguna racha pasada, ó el movimiento que da á los mares una lejana corriente de viento, los marineros, empero, le miraron con asombro, y aplacó los terrores imaginarios que había engendrado la calma.

Colon, que se consideraba bajo el patrocinio inmediato del cielo en esta grandiosa empresa, indica en su diario que el henchirse así las aguas pareció decreto de la Providencia para acallar el clamor de su gente; comparándolo á aquel que tan milagrosamente ayudó á Moisés cuando acaudillaba los hijos de Israel, huyendo de la cautividad de Egipto.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL VIAJE.—DESCUBRIMIENTO DE TIERRA.

(1492.)

AUMENTABA de día en día la crítica situación de Colon. A medida que se aproximaba á las regiones donde esperaba encontrar tierra, crecía la impaciencia de su gente. Los signos favorables que habían aumentado su confianza, parecían ya ilusivos; y estaba en peligro de que se rebelasen y le hiciesen volver atrás, al instante mismo de ir á realizar el objeto de todos sus trabajos. Se veía la gente de mar con desmayo, resbalando aun mas adelante por aquellas interminables aguas, que les parecían un mero desierto de que el mundo habitable estaba rodeado, ¿Qué sería de ellos si les llegasen á faltar las provisiones? Eran los buques demasiado débiles y defectuosos, hasta para el gran viaje que ya habían hecho; pero si aun se precipitaban mas adelante, aumentando el inmenso espacio que los separaba de la tierra ¿cómo podrían volver jamás sin conocer puerto en que rehabilitarse y hacer provisiones?

Así alimentaban recíprocamente su descontento, reuniéndose por los rincones del buque; al principio en pequeños círculos de dos ó tres, que gradualmente crecieron hasta hacerse formidables, juntándose y fortaleciéndose en amotinada oposición al Almirante. Clamaban contra él suponiéndole un desesperado ambicioso, que en su loca fantasía resolviera hacerse célebre por su extravagancia. ¿Qué le eran á él los peligros y sufrimientos ajenos, cuando se veía evidentemente que estaba determinado á sacrificar su propia vida por el prurito de distinguirse? Continuar en tan frenética expedición, era hacerse autores de su propia ruina. ¿Qué obligación los forzaba á persistir, ó cuándo se habían de considerar cumplidas las condiciones de su contrato? Ya habían navegado mucho mas allá de donde hombre alguno había osado adelantarse; ya habían penetrado mares, y mares remotos nunca surcados por audaz quilla; ¿hasta dónde tendrían que ir en busca de una tierra imaginaria? ¿Navegar hasta perecer, ó hasta que fuese imposible la vuelta? ¿Y quién pudiera culparlos, si consultando su propia seguridad, tomasen el rumbo de España antes que fuese demasiado tarde? ¿No recibirían mas bien aplausos por su valor en acometer tal empresa, y por su osadía en persistir en ella por tanto tiempo? Las palabras del Almirante quejándose de que volvían contra su voluntad no tendrían peso alguno; porque era extranjero y hombre sin amigos ni influencia. Sus proyectos estaban condenados por los doctos, como ociosos y visionarios, y no gozaban favor con gentes de ningún rango. No tenía por consiguiente partido que le protegiese, y si una multitud cuya vanidad de opinión se lisonjearía al verle humillado.

Tales son algunos de los racionamientos, por medio de los cuales se preparaban para oponerse abiertamente á la prosecución del viaje; y cuando se considera el fuego natural del carácter español, la dificultad de